

La vida fuera del campamento

13.1–25

“Salgamos, pues, a él, fuera del campamento,...”
(13.13).

“El mundo para Cristo en nuestra generación”. Es un viejo sueño, un sueño que se ha tenido en más de una generación. Muchos recordarán el optimismo que predominó cada vez que alguna clase de adelanto estuvo próximo a suceder. Todavía existen lugares donde los cristianos continúan teniendo ministerios llenos de entusiasmo, mediante los cuales se hace llegar el mensaje de Cristo. Pero también hay señales preocupantes que arrojan dudas sobre nuestra capacidad para sobrevivir como comunidad de fe. A las congregaciones debería causarles alarma la gradual disminución de la población juvenil dentro de la iglesia. También deberían causarnos preocupación los efectos a largo plazo de la influencia cada vez más reducida de la religión, dentro de nuestra sociedad, en la supervivencia de la iglesia.

La seriedad de estos problemas se me manifestó de modo especial cuando ocupé el puesto de ministro de una pequeña iglesia en la ciudad más grande de la nación. La mayoría de los miembros adultos procedían de ciudades más pequeñas del sur, donde el proceso de secularización era mucho menor que en su nuevo lugar de residencia. En realidad nunca se llegaron a sentir “como en casa” en la gran ciudad, sin embargo la iglesia era un lugar donde se sentían a gusto. Los hijos de ellos, no obstante, tenían una experiencia diferente. Eran pocos los recuerdos que tenían de haber vivido en otro lugar. Habían crecido en este ambiente tan secular. Cuando llegaron a la edad

de la adolescencia, comenzaron a darse cuenta de que su vida religiosa los hacía diferentes de los demás jóvenes de la misma edad. Tenían creencias, las cuales eran en su mayor parte incompresibles para sus amigos, y se esperaba de ellos que mantuvieran un estilo de vida y un sistema de valores morales, que eran radicalmente diferentes de los demás. Este sentimiento de ser diferentes —de pertenecer a esta “extraña secta”—se convirtió en una amenaza a su identidad cristiana.

No recuerdo ninguno que renunciara a su fe porque los problemas intelectuales que ésta acarrea-
ba fueran demasiado insostenibles. No desertaban porque habían escudriñado las evidencias a favor del cristianismo y las habían hallado poco creíbles. Lo que sí vi fue a varios jóvenes cristianos que batallaban por mantener un sistema de creencias en el “que ya nadie más creía”. Desafortunadamente, en muchos casos la batalla se perdió.

Menciono esto no porque ello demuestre la desesperanzada condición espiritual de una gran nación estadounidense. Lo menciono porque describe una condición, en la cual nos podemos encontrar nosotros mismos. Muchos de nosotros recordamos cuando era más fácil mantener la fe porque la religión era más popular de lo que lo es hoy día. Los vecinos nuestros iban a la iglesia el domingo por la mañana, tal como nosotros lo hacíamos. Los valores morales cristianos eran comprendidos y apreciados. En la escuela se hacían referencias a la importancia de la fe religiosa, así como también las hacían oficiales de gobierno. Esta popularidad del compromiso religioso nos servía de apoyo para ayudarnos a sobrevivir. La supervivencia jamás fue difícil allí donde la religión

era aceptada socialmente.

UN ATAQUE CONTRA LOS VALORES CRISTIANOS

Pero la mayoría de estos factores de apoyo han sido eliminados, y la secularización es lo que ahora caracteriza a las ciudades estadounidenses más importantes. Los medios de comunicación están constantemente socavando los valores cristianos. Nos preguntamos si la oleada de extrañas relaciones sexuales que se presentan en los filmes, estará creando un nuevo sistema de valores, o si sencillamente refleja las normas imperantes de nuestra sociedad. De todos modos, se presenta un estilo de vida que constituye un ataque contra los valores cristianos. Puede que comencemos a creer que el estilo de vida de la pantalla constituye una conducta normal. Cuando vemos un estándar de conducta sexual en el que la fidelidad se considera anticuada, podemos comenzar a cuestionar nuestras propias creencias. El efecto de la constante exposición a estos ataques en contra de los valores cristianos, nos deja vulnerables y preguntándonos si estaremos desalineados con el resto del mundo. Esta tendencia le plantea un serio problema a la iglesia. Mucha gente siente que es muy difícil mantener la fe cuando “ya nadie cree esas cosas más”.

Los sociólogos explican que mucho de lo que creemos y sabemos, proviene de la sociedad que nos rodea, no de nuestras propias investigaciones y análisis. Desde la más temprana etapa de la niñez, llegamos a creer ciertas cosas acerca del mundo porque “todo el mundo sabe que así son las cosas”. Las creemos porque parece insensato ponerse a dudar de lo que todo mundo sabe que es cierto. Si uno sostiene un punto de vista que es en gran medida inaceptable para la mayor parte del grupo, uno comienza a dudar de cualquier punto de vista que sea contrario a “lo que todo el mundo sabe”.

El sociólogo Peter Berger hace una vívida ilustración de los efectos que tiene sobre nosotros el sostener el punto de vista de una minoría. Imagínese a alguien que llega a los Estados Unidos, proveniente de una cultura, en la cual “todo mundo sabe” que los astros tienen influencia sobre los eventos humanos. Cuando él llega y comienza a adherirse a tal punto de vista, la gente se va a reír y a sorprender de él. Con el tiempo él comenzará a preguntarse si no estará algo equivocado. Después de un tiempo, puede que llegue a la conclusión de que la vida será más fácil si sencillamente guarda silencio acerca de sus puntos de vista. Por último,

es probable que llegue a tener dudas acerca de sus puntos de vista, las cuales lo llevarán a renunciar a éstos.

La situación también podría revertirse. Un estadounidense que se vea abandonado en una tierra “donde todo mundo sabe” que los astros tienen influencia sobre el comportamiento humano, podría también descubrir que su posición se tambalea. Aunque lo que él crea sea cierto, descubre que es amenazante para él creer lo que los demás consideran absurdo, pues todos necesitamos una comunidad que apoye y sustente nuestras creencias.

Una de las más graves amenazas a la supervivencia de la iglesia, a mi parecer, no es que algún nuevo descubrimiento científico vaya a hacer añicos nuestras convicciones. Lo es la experiencia de mantener una serie de puntos de vista que son inaceptables para la mayoría de la gente. Al igual que el salmista, nos podemos estar preguntando: “¿Cómo cantaremos cántico de Jehová en tierra de extraños?”. ¿Tenemos una estrategia para la supervivencia?

Podemos aprender de otro grupo minoritario que enfrentó estos mismos problemas siglos atrás. La iglesia primitiva jamás contó con el apoyo que proviene de la respetabilidad y de la aceptabilidad social. El hecho de que se proclamara a un Salvador crucificado era una “locura” para la mayoría de la gente de aquel tiempo. El cristianismo primitivo tomó forma en unos tiempos cuando los cristianos no debían conformarse a aquel siglo (Romanos 12.2). Los lectores de Hebreos jamás conocieron el apoyo que proviene de la respetabilidad y la aceptabilidad. Su situación fue más extrema que la nuestra. Ellos enfrentaron la persecución y los padecimientos (10.32). Aparentemente, el hecho de encontrarse fuera del ámbito de la aceptabilidad pública, dio como resultado que algunos de los miembros renunciaran a su fe, pues algunos habían dejado de asistir a los cultos. El autor le dijo a la iglesia en su totalidad que ellos necesitaban aprender a resistir y les trazó una estrategia para la supervivencia.

JESÚS MURIÓ FUERA DEL CAMPAMENTO

En 13.12, el autor le recuerda a su pueblo que el cristianismo no comenzó con el brazo protector de la aceptación pública. Jesús jamás recibió título alguno, tal como el de “Hombre destacado del año” de Jerusalén. No se le colocó “llama eterna” a Jesús en el Cementerio Nacional de Jerusalén. No se le celebró funeral estatal, ni le fueron pronunciadas palabras amables por parte de un

jefe de estado. El autor les recuerda a sus lectores que Jesús murió “fuera del campamento” en Jerusalén.

Jesús murió en un lugar “cerca de la ciudad” (Juan 19.20), donde los criminales eran ejecutados. Ninguna otra experiencia pudo haber estado más lejos de la aceptación del público. El autor declara que Jesús sufrió “el oprobio” (12.2) en su crucifixión. La gente instruida en la tradición judía recuerda que los restos de los animales que habían sido sacrificados, eran quemados fuera del campamento (Levíticos 16.27), y que los hombres que los quemaban también llegaban a ser inmundos. “Todo mundo sabía” que la muerte de Jesús había sido vergonzosa.

Es probable que a los cristianos primitivos les causara incomodidad el tener que declarar que su Salvador había muerto en una cruz, ya que ésta era el equivalente de aquel tiempo a la silla eléctrica de hoy día. “Todo mundo sabía” que los hombres buenos no morían en una cruz. Esto es lo que Pablo decía: “Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría” (1 Corintios 1.22). La historia de un Salvador crucificado era “para los judíos [...] tropezadero, y para los gentiles locura” (1 Corintios 1.23). A la gente de aquel tiempo no siempre le agradó que se le recordara que el cristianismo comenzó sin contar con el apoyo que le hubiera significado la aceptación pública, pero el autor de Hebreos no va a permitir que a nosotros se nos olvide que así fue.

George McDonald escribió en *Only One Way Left* (Sólo una vía queda) lo siguiente:

Estoy rescatando la alegación en el sentido de que Jesús no fue crucificado en una catedral en medio de dos velas, sino en una cruz en medio de dos malhechores, en el depósito de basura de la ciudad... En la clase de lugar en el que los cínicos dicen obscenidades, los malhechores maldicen y los soldados echan apuestas. Pues allí fue donde él murió, y eso es por lo que él murió. Y allí es donde los líderes de las iglesias deberían estar, y es de lo que trata el ser líder de la iglesia.

Nos parece que necesitamos el respeto del público para poder mantener nuestra fe. Pero cuando el pueblo de aquel tiempo fue perturbado por su estatus de minoría, a ellos se les recordó que Jesús murió “fuera del campamento” de la aceptación pública. Él murió solo, desechado por los suyos. Su cruz siempre ha sido motivo de “escándalo” (1 Corintios 1.23) para los que piden que nuestra fe religiosa sea “respetable” a los ojos de la cultura predominante.

A la iglesia hay que estarle recordando con-

tinuamente que Jesús murió “fuera del campamento” de su propio pueblo, y que la fe acarreó el menosprecio del “oprobio” (12.2). Jesús, el que resistió a pesar del oprobio de la cruz, es el “autor” que mostró el camino (2.10). Él le sirve de recordatorio a su pueblo, para que no se les olvide que ellos también pueden resistir la soledad que acarrea el creer. Hebreos 11, dice que hay toda una “nube de testigos” (12.1) que “obedeció para salir al lugar” (11.8) y ha experimentado la soledad de la fe. Nuestra supervivencia depende de que reconozcamos que los anteriores héroes de la fe no contaron con el apoyo de la respetabilidad pública. Siempre fue una fe que trajo como consecuencia el tener que estar “afuera”.

“SALGAMOS, PUES, A ÉL, [...] LLEVANDO SU VITUPERIO”

Si Jesús murió “fuera del campamento” de la respetabilidad, sería absurdo imaginar que al cristiano se le fuera a evitar la experiencia de participar de tal destino. La vida de fe siempre ha acarreado la consecuencia de llevar vituperio (11.26) por la causa de Cristo. Jesús dijo que cada uno de nosotros debe “tomar su cruz” (Marcos 8.34). Los lectores de Hebreos ya habían sufrido por motivo de la fe (10.32–34). Su fe ya los había llevado “fuera” de los valores comunitarios en un mundo donde el cristianismo le parecía absurdo a la mayoría de la gente. Lo chocante del consejo que da 13.13, es que nos recuerda que el lugar donde nos corresponde legítimamente estar, está fuera del campamento. Cristo es nuestro pionero que nos llama a seguirlo hasta la cruz. Cuando nuestro estilo de vida nos compromete muy estrechamente con los valores predominantes, ello es señal de que no hemos acompañado a nuestro pionero “fuera del campamento”.

Este consejo puede no parecer apropiado para nosotros, pues no estamos siendo encarcelados por nuestra fe. Pero hay un mensaje vital para la iglesia de hoy día en el consejo del autor. En un tiempo cuando nuestro estar “fuera” de los valores de hoy día, amenaza contra la supervivencia de la iglesia, el autor nos recuerda que los cristianos siempre han seguido a su Señor “fuera del campamento”. Las demandas que se nos hacen no difieren de las demandas que se les han hecho a los cristianos de todas las generaciones.

¿Qué significa estar “fuera del campamento” en el mundo de hoy día? Alguien ha dicho que el cristiano puede “nadar contra corriente”. El cristiano ha hallado su identidad en Jesucristo, de modo que a él no le amenaza el ser diferente. Vivir

“fuera del campamento” en el mundo de hoy día puede suponer el tener que estar dispuestos a vivir en una sociedad en la que la prioridad de cada uno es “cuidar de sí mismo”. O puede significar el tener que estar dispuestos a confiar en Dios siendo parte de una cultura que no lo toma en cuenta. Puede significar el tener que aferrarnos a nuestra moralidad sexual en un mundo que menosprecia estos valores. Nuestra estrategia para la supervivencia incluye el reconocimiento de que Cristo nos llama a adoptar un sistema de valores que parece insensato. Pablo dijo: “No dejéis que el mundo os someta a su molde” (Romanos 12.2; Phillips).

No hay otra estrategia, excepto la de seguir a Jesús “fuera del campamento”. Si decidiéramos que lo correcto es reflejar los valores de nuestra sociedad, descubriríamos que la iglesia no tendría mensaje que ofrecer que no pueda ser hallado en algún otro lugar. Una iglesia que siempre eligió estar “dentro del campamento” de la aceptación pública, no sobreviviría. No tendría mensaje que ofrecer.

Los sociólogos dicen que será muy difícil mantener nuestras creencias por largo tiempo, a menos que nuestros valores sean reforzados por un grupo de personas que tengan las mismas convicciones. Es difícil mantener nuestra identidad cuando tenemos que estar solos. El autor de Hebreos dice: “Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio” (13.13). ¡No se nos pide que estemos solos! Tenemos una comunidad que cultiva y apoya nuestros valores cristianos. Cuando participamos del culto y estudiamos juntos, nos exhortamos unos a otros (3.13; 10.25) y nos proporcionamos la ayuda que nos permitirá sobrevivir. Puede que sea difícil mantener nuestras creencias si tenemos que mantenerlas estando solos. Pero no tenemos que luchar por la supervivencia solos, pues es juntos como salimos

“fuera del campamento”.

“BUSCAMOS LA [CIUDAD] POR VENIR”

Si todos nuestros esfuerzos para mantener la fe estuvieran condenados a fracasar, desde luego que jamás sobreviviríamos. Nada es más vano que una causa perdida. Viktor Frankl, un médico que pasó varios años en un campo de concentración nazi, expresó: “Basta que tengamos un ‘por qué’ para poder soportar casi cualquier ‘cómo’”. Necesitamos saber que hay algo más allá de nuestro sufrimiento. Frankl describe su propia batalla por sobrevivir en su obra *Man’s Search For Meaning (El hombre en búsqueda de propósito)*. La esperanza en el sentido de que el campo de concentración no era el fin de su vida le dio a él la voluntad para sobrevivir. La tenue luz de la esperanza de sobrevivir al terror y de poder continuar sus investigaciones, le ayudó a sobrevivir. Si hay una meta al final de nuestras batallas, podemos soportar casi cualquier cosa. No obstante si es una causa perdida por la que nos estamos sacrificando, no será por mucho tiempo que resistiremos.

Los valores del mundo podrían llevarnos a creer que lo que concierne a la vida se halla dentro de nuestra cultura y de las normas imperantes. Pero nosotros podemos salir fuera del campamento de esta cultura, pues sabemos que la “ciudad [que es en verdad] permanente” no se encuentra aquí del todo. La causa que está perdida es la del estándar de nuestra sociedad que luce incitante. Así, los cristianos son partícipes de la soledad de Jesús, porque la causa de éste no está perdida.

El hecho es que tenemos una estrategia para la supervivencia. Ella no incluye aceptar el estilo de vida ni los valores que constantemente se colocan ante nuestros ojos. Vamos a poder sobrevivir mediante el salir “fuera del campamento”. Y en lo que salimos “fuera del campamento” juntos, nos podemos apoyar unos a otros por el camino. ■

“Os saludan todas las iglesias de Cristo” (Romanos 16.16).

©Copyright 2000, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados